

CARTA A DIEGO ALONSO DE LA GUARDIA
(Una estampa de mi padre)

Camilo A. Porras

Panamá, 30 de mayo 1972

Querido Nieto:

Gracias por tu carta del 25 de mayo.

Aquí te he escrito una CONFIRMACION de quien fue mi padre Dr. Belisario Porras, hombre ilustre que alcanzara la admiración pública.

Entre los méritos que lo enaltecieron quiero hablarte de dos atributos que le caracterizaban y que a mi juicio son los que le han llevado a la posteridad.

Jamás se arredró ante la crítica cuando creía tener la razón. Fue un hombre de tenacidad poco común; cuando se empeñaba en una tarea no cejaba hasta verla terminada independientemente de las angustias personales y de las incomprendiones que ella le causara individualmente.

En los años 1912 a 1916 entró a engrandecer la República con toda clase de innovaciones. Fundó la Exposición que hoy es uno de los barrios más hermosos que orgullecen a la capital.

Vivió desde su niñez en un humilde hogar de campesinos; pero logró llegar a ser por sus propios esfuerzos, el más grande adalid de nuestro Panamá.

Hombre de una memoria sorprendente, le fascinaba hacer demostraciones deportivas recordando los nombres de pilas y los sobrenombres de la muchedumbre de gentes que acudían a él.

Yo lo sorprendía en cualquier ubicación social –como en su propia casa– llamando individualmente a personas de cualquier condición social por sus sobrenombres, y recordando en igual forma, el de sus padres y hermanos.

Tenía un estilo muy peculiar para abordar a las personas, y creo que en esto, era un maestro que superaba mucho a Dale Carnegie.

1. Repetir siempre muchas veces el nombre de pila de su interlocutor y si tenía un sobrenombre, intercalarlo repetidamente en la conversación.
2. Preguntarle indistintamente por su madre (sobrenombre) o su padre (sobrenombre) y recordarles algo que a ellos les interesaba, o algún incidente muy conocido en la familia.
3. Recordar algo que era motivo de orgullo en la familia, y resaltar algún miembro sobresaliente de la familia.
4. Tocar las fibras de la vanidad personal de su interlocutor.
5. Jamás ofender a nadie, siempre conversar con esa persona de cosas positivas.
6. Hacer una promesa, o dar una puerta para que la persona se quedara pensando en algo que lo estimulaba a realizar algo “muy importante”.

Pero, no es decir que Belisario Porras fue tan solo un conductor de masas, él hizo obras y monumentos, detrás de cada uno de ellos está su enorme visión del futuro, en las que colocó por encima de todo, el robustecimiento de la nacionalidad panameña.

Como jefe de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) fue el líder que cohesionó a todos los panameños de todos los sectores sociales para luchar en defensa de la Patria.

No acumuló nada para sí. Nosotros sus hijos le decíamos siempre: “Papá, tú eres el candil de la calle” y él nos decía siempre sonriendo, con extremada bondad: “hijito, yo soy el Presidente de todos los panameños”.

En 1918 al crear la Lotería Nacional tuvo que soslayar las presiones de los Estados Unidos que no querían que se creara una Lotería Nacional y él afirmó que él necesitaba los dineros que producía esa entidad para muchas obras, tales como el Hospital Santo Tomás.

A pesar de la incomprensión de los Estados Unidos, de nuestra pequeñez y debilidad, él tuvo que enfrentarlos muchas veces.

Ya desde 1914 había iniciado las gestiones para reformar el Tratado del Canal y esta lucha la mantuvo hasta los finales de su administración.

La prueba más difícil que le puso el destino fue la Guerra de Coto (Guerra entre Panamá y Costa Rica), en el año 1921, en la cual Panamá en verdad tuvo que luchar con desventajas contra los Estados Unidos.

Fue la primera vez en nuestra historia que un gobernante panameño respondía a la agresión norteamericana.

Y de ahí nació la gesta de la revisión del Tratado por la que aún luchan los panameños.

Tal vez, Diego Alonso, lo que hizo este hombre extraordinario que vivió en constante agitación, que no descansó jamás en su tarea, que no pensó jamás en su persona, que tan solo pensó en la patria de los panameños, es lo que ha hecho que todavía se le admire y se le recuerde.

Y sin embargo, como hombre que atesoró la ambición de crear grandes cosas para la patria de los panameños, comprendía que había que estimular constantemente a los demás y transmitirles su entusiasmo, para obtener el trabajo en equipo.

Su vida era un diálogo constante, unas veces individual, y casi siempre colectivo. Prefería siempre el grupo.

Escuchaba y aceptaba la crítica inteligente, viniese de donde viniera, aún del estrato más humilde. Sentía fascinación por la crítica de altura, le encantaba reevaluar sus puntos de vista después de una actitud diferente a la suya, como el avelado jugador de ajedrez, que se ve forzado a pensar una nueva alternativa en los planes de su juego, cuando enfrenta un adversario inteligente.

A mi padre, le encantaba el ajedrez, pero sólo lo jugaba en la intimidad familiar.

En este diálogo constante, cuantas veces en su calidad de Primer Magistrado de la Nación, hubo de ir a la prensa nacional a la Plaza de Santa Ana, y aún a las pequeñas plazas de las aldeas más pequeñas y apartadas, para exponer sus opiniones, sus planes, sus proyectos, sus realizaciones. Aún cuando se tratara de un simple aparato de teléfono, que habría de servir a una comunidad, como único medio de comunicación con el resto de la república.

El 16 de mayo de 1913, como un caso insólito, rompiendo todas las tradiciones protocolares, Belisario Porras, Presidente de la República se encaminó a la sierra coclesana, para poner en las manos del maestro Candelario Ovalle (Combatiente de la Guerra Civil de los Mil Días, y el Primer Asistente de Victoriano Lorenzo) el Decreto Original que creaba la reserva indígena de Coclé, para proteger a los indígenas indigentes de los latifundistas.

Toda su larga jornada fue un debate apasionado, y es tal vez ahí en donde deba encontrarse la razón de su carisma, de su magnetismo personal, de su extraordinaria popularidad.

En todo momento fue un hombre que despertó pasiones encendidas, y así como había una legión para indentificarse con él, y con sus nobles ambiciones, abundaban los que le adversaban de manera intransigente, incapaces de comprender la altura del debate. Hombres víctimas del odio pequeño, que sentían la necesidad de bloquear todos sus planes, de malinterpretar sus ideas, y capaces siempre de descubrir con refinada agudeza, en donde estaban los errores de sus obras.

No pocas veces los ignoraba con el silencio...

En muy contadas excepciones, cuando la ocasión lo ameritaba y si se trataba de defender sus obras o su reputación, se tornaba como un volcán, capaz de estremecerlo todo: Se lanzaba a la prensa con todas las armas de que era capaz, dispuesto a aplastar con argumentos a su acusador.

Y luego, con una hidalguía de que sólo él era capaz, siempre con palabras, nunca con hechos –porque no encarceló a nadie por sus ideas– utilizaba el arma más feroz de que disponía: El de la ironía hiriente.

Conocía las pasiones de cada cual y sus debilidades, y se complacía a manera de amenaza no cumplida, a manera de sorna en afirmar “Yo tengo el archivo de la Dignidad Nacional”.

Esto jamás se lo perdonaron quienes le combatían.

Recuerdo que una vez un político de baja calaña, le acusó de “Traidor a la Patria” involucrándole calumniosamente en un acto doloso que comprometía su honorabilidad de patriota.

Convocó entonces a un Tribunal de Honor compuesto precisamente de hombres destacados por ser sus adversarios irreconciliables, pero que gozaban de la reputación de honorables.

Estos, luego de examinar con detalle la causa, pusieron fuera de dudas su honorabilidad. Llamó entonces Belisario Porras a

juicio a su calumniador, y presentó su demanda ante un tribunal ordinario que condenó al calumniador a la pena de reclusión. Entonces, Belisario Porras se complació individualmente en indultarlo.

¡Este era Belisario Porras...!

Una vez le acompañé en una de sus giras presidenciales, y aquello me dio una nueva dimensión de su personalidad. En cada pueblo, en cada villa, en cada despoblado caserío, en cada inaccesible rincón de lo desconocido de nuestra geografía, había un compadre y una comadre para recibirlo.

Y aquella legión, que constituía para sus adversarios un punto de vulnerable crítica, dio lugar a que lo denominaran a manera de continuada burla “El compadre de todos los compadres”. Y en verdad que tenía una muchedumbre de compadres.

Pero para nuestra envidia, a nosotros que eramos su sangre, estos compadres constituían su legítima familia.

Yo le oía, unas veces sentado en un taburete en la cocina de un rancho, en una hamaca debajo de un árbol, en una banquetta rústica del potrero, sentado en un catre, en un tronco de un árbol, conversar, recordar, conjugar esperanzas, compartir con aquella humilde familia, como si toda las incontables horas de su vida hubiera vivido ahí desde su infancia.

Y ahí era uno más, apenas temporalmente ausente, que regresaba al hogar, para compartir la tortilla, que estaba casi tan buena como la que hacía la abuelita Chenchá; la yuca azada con tasajo, para hablar de la semilla, del trapiche, del potrero y de la vaca con gusano, que sólo sabía sanar el curandero; que conocía de la pena y del familiar ausente, sin duda, héroe de la Guerra Civil de los Mil Días.

Y había algo singular en ese compadre, que sus enemigos no lograban comprender, imitándole algunas veces y ridiculizándole otras, pero en el fondo, envidiando su increíble capacidad para hacerse entender por “el más humilde o por el más ignorante de los panameños”.

Recuerdo que sentía fascinación en visitar las escuelas rurales y hablar con los maestros y los niños y sus adversarios afirmaban con increíble ceguera de espíritu:

“He ahí a un demagogo, sin duda anda buscando votos...”.

Y tal vez buscando votos, escribió una serie de discursos para los niños de las escuelas de nuestro país, hablándoles del árbol,

de la escuela y de la patria, creo que a ningún otro político de la generación se le había ocurrido buscar con genuina sinceridad el apoyo de los niños...!

Siempre buscaba la campiña, gozaba indescriptiblemente con la amistad del hombre del sombrero pintado, que fumaba, caducaba, y usaba daga al cinto y para nuestra sorpresa, esa gente le entendía mejor que nosotros.

Pero en nuestras urbes, en Panamá y en Colón, conocía también, cada patio, cada callejón y cada zaguán, y entraba con seguridad en las casas de inquilinato, sin perder jamás su dignidad, siempre como el gran señor, pero siempre con la sencillez y la humildad de quien tiene el mágico don de poder penetrar a todas partes como un taumaturgo, como un amigo, como un conductor de masas y como un compadre, que sabe con certeza quien es Juancito, a que se dedica Pepe, de que se murió Goya y a qué aspiraba Chale, sin duda, esos son sus ahijados o sus compadres de Calobre, de Chame, de Chepigana o de Boquerón.

Y sin duda por eso, para envidia de sus enemigos, era el compadre de los compadres.

Tal vez hubiera algo de fantasía en su diálogo algunas veces, como los seres sobrenaturales tienen una visión distinta de las cosas; son capaces de ver cosas fuera de nuestra realidad, tal vez por eso tuvo la capacidad de hacer cosas extraordinarias: La mayor de todas es saber comunicarse con los demás.

Un abrazo

Papi, tu abuelo
(Camilo Antonio Porras)

Posdata: Es por de más decirte que tú sabes que las muchas obras que construyó y que aunque sus adversarios han tratado de disputárselas, es la Historia la que las reclama, para hacerle justicia a Belisario Porras y así se confirma el aforismo que él solía repetir:

*EL HOMBRE PRACTICO YA ESTA PAGADO CON SUS AMBICIONES;
EL IDEALISTA, RECIBE UN BENEFICIO A LARGO PLAZO, PORQUE
PIENSA EN BENEFICIO DE LOS DEMAS.*

RETAZOS DE MI VIDA (Un recuerdo de mi padre)

Demetrio Augusto Porras

Yo nací en una vivienda frente a la plaza de mi pueblo, Las Tablas, a un costado de esa misma plaza, nació mi padre Belisario Porras. Mi madre, Catalina Juárez, era una humilde mujer campesina, querida por todos los que la conocieron. Era una mujer siempre sonriente que irradiaba simpatía. Los campesinos la visitaban con frecuencia, y hacían estación en nuestra casa, cuando venían al pueblo a realizar alguna diligencia, generalmente para vender sus productos.

Me parece que gran parte del afecto que le expresaban era consecuencia de la veneración que sentían por mi padre.

Creo que fue en el año de 1910, y cuando yo tenía como unos doce años de edad, cuando fui sorprendido por mi padre en una visita no prevista por mi madre y por mí. El llegó en las primeras horas de la noche y venía acompañado de una nutrida comitiva. Mi madre y yo estábamos en la cocina de nuestra casa, sentados alrededor de una lámpara de kerosene, en la mesa donde comíamos. Yo tenía en mis manos un libro, que había empezado a ojear.

Mi padre me sorprendió a mis espaldas, colocando sus enormes manos sobre mis hombros. Yo guardé silencio atemorizado por su presencia, y fue él quien nos dirigió su saludo, en una voz que llenaba el aposento.

¿Qué estás haciendo Demetrio Augusto?

Quiero leer este libro, le respondí sin voltear mi rostro hacia él. Yo quiero llegar a ser abogado como usted.

Mi padre guardó silencio, pero de inmediato empezó a caminar por la habitación, y empezó a hablar en alta voz, como si lo hiciese ante un gran escenario...

Mi padre se llamaba Demetrio Augusto como tú. Pero también tuve un hijo predilecto que se llamaba como tú, pero ese Demetrio lo he perdido para siempre. Ese muchacho tenía un gran talento y un gran corazón. ¿Cómo podría olvidarlo? Cuando lo recuerdo, pienso que nadie puede reemplazarlo. Pero al verte a ti, tan pequeñito, no puedo menos que recordarlo con profunda tristeza.

Yo no pude entender muy bien el alcance de sus frases, pero comprendí que estaba expresando una angustia extraña para mí, que de manera posterior mi madre trató de explicarme en su propio lenguaje. El se fue de mi casa a los pocos minutos, y ni siquiera se despidió de nosotros.

Quando tú naciste, me dijo mi madre, yo quise que tú llevaras el nombre de Belisario, como tu padre. Pero él me insistió en que tú te llamarías Demetrio Augusto como su padre.

Más o menos un mes de la llegada de mi padre a Las Tablas, recibimos en casa un mensaje que nos indicaba que yo debería trasladarme a la capital, pues estaba inscrito para realizar estudios en el Instituto Nacional de Panamá, a la primera persona que ví al llegar a Panamá fue don Juan B. Sosa, quien me explicó que él sería mi acudiente. El me llevó al internado del Instituto Nacional, y me presentó a mi hermano mayor, Camilo Antonio a quien yo no conocía.

Desde el primer instante Camilo me mostró una enorme simpatía, y con un sentido protector empezó a darme todas las instrucciones para solucionar mis problemas inmediatos. Mas aún cuando, siendo yo un niño campesino, estaba despistado de cosas que a otros les parecerían elementales.

Camilo me refirió la forma como había muerto Demetrio Antonio, tras un trágico accidente en el que se disparó con una escopeta. El apenas tenía diecisiete años de edad.

Ese domingo por la tarde fuimos a visitar a nuestro padre, quien vivía en una casa de alto frente a la plaza de Santa Ana. Desde el balcón se apreciaba la vida bulliciosa de ese barrio, por el que mi padre sentía fascinación, por ser el escenario natural en donde se desenvolvió la vida política del General Buenaventura Correoso, por el que él sentía una veneración casi religiosa, como si hubiese sido su propio padre.

Nuestro padre era un hombre muy severo y poco comunicativo con nosotros, a veces nos daba la impresión de que lo único que le interesaba era que estudiásemos mucho y que estuviésemos siempre aseados y bien presentados. El estaba pendiente hasta los detalles de nuestros estudios.

Yo recuerdo que un día Camilo y yo estábamos sentados en el balcón conversando, cuando llegó una señora en forma

sobresaltada, casi gritando, mi padre estaba leyendo el periódico, y ella le interrumpió para indicarle que en la plaza había un señor de nombre Almengor, que estaba profiriendo amenazas contra él, tenía un revólver en la mano, y gritaba que tan pronto como él apareciera, se lo llevaría de un disparo...

Como las visitas de esa mujer se hicieron frecuentes en la casa, supimos después que se llamaba Brígida Cedeño, y que era natural de Las Tablas.

De manera irreflexiva, mi padre se levantó y corrió por las escaleras, cuando nos dimos cuenta ya estaba en la plaza de Santa Ana. Camilo y yo corrimos tras él, para ver qué era lo que estaba sucediendo.

Un señor corpulento, que después supimos que era Carlos Antonio Mendoza trató de detener a mi padre...

Belisario, ¿Qué vas a hacer? No le pongas cuidado a ese loco.

A pesar de las advertencias, mi padre se encaminó hasta donde estaba Almengor con un revólver en la mano.

—Me han dicho que este es mi día, porque tú me vas a matar. Si eres hombre, dispara, pero dispara bien, pero yo sé que tú no eres más que un idiota.

Almengor estaba fuera de sí, y empezó a hacer varios disparos, uno tras otro, que felizmente ninguno dio en el blanco. Mi padre se mantuvo quieto, y se veía en su cara una gran indignación. Mendoza se acercó a Almengor, lo desarmó y le dijo que se fuera antes de que llegase la policía. De inmediato la gente empezó a aglomerarse alrededor de mi padre, la mujer que le había dado el aviso a mi padre, se colocó arriba de una banca, y empezaba a gritar...

El Dr. Porras tiene un familiar que lo protege.

(Existe la creencia entre las gentes de los campos, que algunas personas tienen un resguardo mágico, al que llaman el familiar).

Al día siguiente cuando nos encaminábamos hacia el Colegio, todavía había gente en la plaza que comentaba el incidente del día anterior y nos señalaba como los hijos de Belisario Porras.

Cada día miércoles nos visitaba don Juan B. Sosa, nuestro acudiente, quien estaba pendiente de nosotros hasta la

exageración. Camilo siempre me estaba aconsejando que tuviera mucha paciencia con él, pues yo no estaba acostumbrado a sus exigencias disciplinarias.

Camilo estaba también muy pendiente de mí, pero como solo me llevaba unos años, era más paciente para todas mis faltas. Siempre me decía Demetrio estudia, limpia tus zapatos, ordena tu baúl, pero en realidad para mí lo único importante eran los juegos de pelota. En los estudios todo quería hacerlo de apuro, cosa que irritaba a don Juancho.

Como Camilo era mayor que yo, al año siguiente de estar juntos se graduó, lo que significó un gran golpe para mí, me dejó un enorme vacío, más aún en las entrevistas semanales con mi padre, que siempre fue muy duro, muy severo, muy exigente conmigo.

Cuando finalmente me gradué del Instituto Nacional de Panamá, hablé con don Juan B. Sosa y le dije que yo quería estudiar Derecho. El se sonrió y me dijo, que eso tendría que hablarlo yo mismo con mi padre. Yo me encaminé entonces a la casa de don Ernesto Tísdel Lefevre, pues él era un hombre extremadamente bondadoso, y quien me escuchó sonriente en torno a mis proyectos. Nada me prometió, salvo que me dijo que le parecía muy bien mi deseo de seguir estudios universitarios.

Un domingo cuando fui a ver a mi padre, me llené de valor, y le dije que yo quería ir a estudiar Derecho a la Universidad de Burdeos. Que yo había hecho varias consultas y se me había informado que en esa universidad había muy buenos profesores de derecho y sociología.

El se sonrió complacido pero como si no me diese mucha importancia me dijo... “Eso lo veremos más adelante... A mí me gustaría que si quieres estudiar Derecho fueras a Bogotá, allá estudió mi padre, y allá estudié yo la carrera de Derecho”.

Con un gran sentido de seguridad le dije que no, que yo tenía mi meta trazada, pero que necesitaba de su respaldo.

Como no encontré ninguna respuesta definitiva, ese mismo día me fui nuevamente a la casa de don Ernesto Tísdel Lefevre y le conté lo que me había pasado con mi padre. El se mostró muy afable y me prometió que hablaría con él para ver que sacaba en claro.

Pasó una semana sin tener noticias de mi padre, pero el día domingo en la tarde fui a visitarlo al Palacio Presidencial, y para mi sorpresa encontré junto a él a don Ernesto Tísdel Lefevre, a don Juan B. Sosa y a don Guillermo Andreve, personas por las que sentía un gran respeto.

Demetrio Augusto sé como te sientes de impaciente, me dijo mi padre, pero tienes que convencerte de que lo que alcances en la vida lo aprovecharás mucho más cuando ello sea el producto de tu esfuerzo. No creo que necesitas de padrinos para obtener lo que has de ganarte por ti mismo.

Usted sabe de mis aspiraciones de estudiar Derecho, yo siempre le he dicho que yo quiero ser abogado como usted.

Mi padre se sonrió y cambió una mirada con don Juan B. Sosa, quien no se mostraba con un rostro complaciente.

–Yo te enviaría a Burdeos, como tú quieres, con una condición. Debes pasar una prueba que me demuestre que tienes realmente vocación para el estudio. Yo no voy a perder mi tiempo y mis ahorros en un hijo que solo piense en ir a Europa a pasear y a jugar pelota. Hace algún tiempo yo te regalé a ti y a Camilo unos ejemplares de Las Vidas Paralelas de Plutarco, quiero saber si las has leído.

Yo no sabía que responder, pues en verdad ni siquiera había abierto la primera página. Guardé silencio.

Bueno, Demetrio Augusto, tienes exactamente treinta días para que me demuestres que tú leíste a Plutarco, esa va a ser tu prueba.

Desde ese día me encerré en mi cuarto y me puse a leer y a leer *Las Vidas Paralelas de Plutarco*. Aquello era para mí un enredo de personajes y hechos históricos distantes que no comprendía para nada.

Pero exactamente a los treinta días y después de haber confirmado esa cita con don Ernesto Tísdel Lefevre, me presenté al Palacio Presidencial, para entrevistarme con mi padre a quien no había visto desde hacía un mes.

Ese día volví a encontrar en el mismo escenario a don Juan B. Sosa, a don Guillermo Andreve y a don Ernesto Tísdel Lefevre, quien me infundió valor con su mirada de afecto. Sin embargo, yo sentía que me temblaban las piernas, y en la mente sentía una gran confusión.

¿Está usted preparado Demetrio Augusto Porras? Me preguntó don Juan B. Sosa.

Yo le respondí con un gran sentido de seguridad. ¡Sí, estoy preparado!

El primero en hacerme unas preguntas muy sencillas fue don Ernesto Tísel Lefevre y ello me llenó de valor y seguridad frente a la entrevista. A mí me parece que fui absolviendo todas las preguntas con gran espontaneidad, y con un derroche de información.

El último en abordarme fue mi propio padre, quien me preguntó por *Demetrio*. Un personaje que yo había estudiado de manera especial, por la curiosidad de que llevaba mi propio nombre.

Le hablé de Demetrio el guerrero, el defensor de la justicia, del hombre que amaba a su padre como a ninguna otra cosa. Demetrio era un hombre lleno de adversidades, castigado duramente por el destino, pero con una capacidad increíble para sobreponerse a todas las dificultades, y quien después de fatigarse en el ejercicio de las armas, había preferido dedicarse por entero al estudio. Le referí los detalles de su muerte, y de como sus cenizas fueron objeto de veneración para todos los que le conocieron en vida...

Creyendo halagarlo, yo quise compararlo con él y hasta lo involucré con ejemplos en la vida de Demetrio, lo que lo irritó sobremanera.

¿Usted qué está haciendo Demetrio Augusto? Guarde el sentido de las proporciones, respétese a sí mismo. Usted ha ganado su viaje, sin necesidad de caer en esas tonterías. Lo felicitamos.

Cuando mi padre terminó de hablar, se puso de pie, colocó una de sus manos sobre el hombro de don Juan B. Sosa sonriendo y le dijo...

Juancho, tú me decías que este muchacho lo íbamos a tener que mandar de vuelta para Las Tablas. No, éste no arriará las mulas en el trapiche. Algún día será como mi padre, un gran abogado.

Y en un acto inesperado para mí, se aproximó hasta donde yo estaba, me abrazó efusivamente y me dijo...

Demetrio, Demetrio, Demetrio, tú serás como yo hubiera querido que fuera mi Demetrio Antonio...

BELISARIO PORRAS, EL CIVILIZADOR

César A. Quintero

Venimos hoy a cumplir una imperativa obligación de ciudadanos. Venimos a decir nuestra personal palabra acerca de uno de los más caracterizados constructores de la nacionalidad panameña.

Las figuras eminentes de cada país son encarnación del carácter y aspiraciones de su propio pueblo. Por ello, conocerlas es, en cierto modo, conocerse colectivamente. Y cada generación tiene el deber cívico de contribuir a su estudio y transmitirlo a las nuevas y venideras generaciones.

Sin embargo, para que cualquier estudio sobre una descollante figura histórica sea a la vez real y constructivo, ha de hacerse, por una parte, en función del medio en que vivió, y por otra, con proyección hacia el futuro.

Cuando el balance de la vida de un hombre público es negativo, lo menos que se puede hacer es condenarlo a un prudente y piadoso olvido.

Pero, cuando lo contrario ocurre, lo patriótico, lo educador, lo justo, es destacar su parte constructiva y fecunda.

Este último es el caso de Belisario Porras. Su sensibilidad ideológica, sus talentos múltiples y su afán de cultivarlos, su valentía personal y cívica, su deseo de ser y su capacidad para hacer, su decencia y señorío, su voluntad indomable, su visión de estadista, su honradez administrativa, su sentido humano, y en fin, sus grandes realizaciones arrojan en favor suyo, un saldo tan impresionante y extraordinario, que no puede ser opacado por los defectos que sin duda tuvo.

Belisario Porras fue un político en el más auténtico sentido de la palabra. Fue por tanto, un hombre de acción con el interés y la energía dirigidos hacia el Estado, hacia la colectividad, hacia el pueblo.

Pero Belisario Porras no fue un político ordinario, sino de selección. Se distingue el político selecto del vulgar en que el primero siente una incoercible atracción por la cultura, y por las

disciplinas del espíritu. Se distingue, asimismo, en que necesita adherirse a una ideología. El político superior es siempre hombre de doctrina y de principio.

Y esto fue Porras desde su más temprana edad. Adolescente aún se lanza, siendo estudiante en Bogotá, a la lucha armada en defensa de su precoz filiación política.

El liberalismo, credo que llenó su sed de ideología, aparece en aquel entonces como doctrina revolucionaria y popular frente a la reacción del privilegio y del oscurantismo.

Por sus convicciones peleó gran parte de su vida en los campos de batalla y a pesar de ser civil, su innata condición de dirigente lo llevó a la máxima categoría militar. Mas, pasada la actividad bélica, nunca ostentó su grado de General. Prefirió siempre que se le llamara por el título académico que en la aulas universitarias había obtenido.

Este detalle poco advertido de su vida, evidencia de manera significativa que el doctor y general Belisario Porras, en trance de escoger, se decidía por lo civil antes que por lo militar, por la academia antes que por el cuartel, por la ley, antes que por la fuerza. Y si recurrió a la violencia y a la espada lo hizo precisamente cuando estas atentaban contra la inteligencia, la civilidad y el derecho.

Desde el punto de vista académico, no se conformó el Dr. Porras con el título profesional que a edad temprana había adquirido en Colombia. Fue poco después a Bélgica a perfeccionar conocimientos, volvió luego repetidas veces a Europa y viajó bastante a Norte y Sur América, siempre en actitud de observación y de estudio.

En más de una ocasión ejerció la enseñanza y cuando las persecuciones lo llevaron al ostracismo, desempeñó con lucidez la cátedra universitaria en los países hermanos de El Salvador y Nicaragua.

Fue orador elocuente y escritor vibrante. Escribió sobre variados temas a lo largo de su vida. No era su prosa preciosista ni rebuscada, pero sí castiza, clara y correcta. Escribía como escribe el hombre de acción al correr de la pluma y para que lo entendieran todos. Ni su temperamento ni sus ocupaciones le permitían andar a caza de expresiones sutiles ni de raras metáforas.

Llega al poder, como candidato de oposición, cuando se aproxima a la sexta década de su vida. Hasta entonces ésta ha sido de lucha, peligros, destierros e infinitos sinsabores.

Supremo debe ser ese momento en que el estadista nato, a quien la adversidad ha impedido toda vinculación con el Estado, toma al fin las riendas de la actividad creadora. Porque el verdadero hombre de Estado ansía el poder no tanto por el placer personal de tenerlo, cuanto por una íntima necesidad de realizar planes, de organizar instituciones, de poner orden, de crear servicios, en suma de civilizar.

En efecto, al recibir la investidura presenta un vasto programa de gobierno que enseguida comienza a realizar con energía, eficacia y pulcritud.

Desde ese momento, el idealista, el revolucionario, el rebelde pasa a ser un gobernante.

Este paso de la crítica a la acción, de la rebeldía al gobierno, exige siempre al revolucionario constructivo un cambio de actitud mental. Es el cambio que nunca logran comprender los ideólogos trasnochados, los anarquistas temperamentales, incapaces para la acción creadora.

Desearían estos que el revolucionario que llega al poder siguiera haciendo oposición desde el gobierno o que llevara a cabo su ingente obra reformadora sin afectar a nadie, sin incomodar a nadie, sin contrariar a persona alguna.

Desgraciadamente este angelical esquema no tiene cabida en la lógica de la política. Ni se puede pedir a un reformador de instituciones, a un civilizador de pueblos, que tenga la ternura de una nodriza, ni la docilidad de un sacristán. Los hombres de acción por lo general son orgullosos incluso con sus pasiones y caprichos. No se puede esperar de ellos la placidez de un pensador contemplativo, ni la objetividad del filósofo abstracto.

Belisario Porras encontró un desorganizado y pobre país de 400.000 habitantes, el 80 por ciento de los cuales era analfabeto. Un país sin carreteras, sin escuelas, sin hospitales, sin puentes, sin salud, sin asilos, sin telégrafos, sin registro de las personas ni de la propiedad, sin archivos, sin bancos, sin correo, sin códigos, sin auténticas leyes, sin justicia bien organizada y sin adecuados servicios administrativos.

Su obra civilizadora consistió precisamente en saber lo que al país faltaba y en dárselo de manera espléndida.

Pero su labor no fue solo material. En el campo cultural unificó la enseñanza y dio a nuestra educación uno de los más grandes impulsos que ésta haya recibido. Impulsó, asimismo, las artes y las letras, hasta el punto de que en su época hubo un florecer de actividades literarias y artísticas.

Como estadista supo descubrir y guiar valores jóvenes y escogía sus colaboradores más bien por la capacidad y méritos que por simpatías de política partidista.

Fue un político eminentemente popular. Gobernó pensando siempre en los intereses de las grandes mayorías; amaba sinceramente a los humildes y se sentía contento entre ellos. Nunca rehuyó la tribuna pública para exponer los problemas del Estado. Fue un caudillo de multitudes y sabía enfrentarse a ellas con gallardía y denuedo, tanto en circunstancias felices como adversas.

Sus críticos lo acusan de que era violento y duro con sus opositores. Lo tildan asimismo, de personalista y de que como gobernante desdeñó aquellos mismos derechos políticos que hicieron posible su ascenso al poder.

Es la tragedia de los grandes civilizadores en pueblos como los nuestros. La época y el medio en que Porras actuó agravaban sin duda, esta secular tragedia.

Panamá había heredado detestables prácticas políticas. Había quedado con enconados odios de partido. El opositor entendía que su misión era herir al gobernante, insultarlo, calumniarlo y amargarle su vida cotidiana. La crítica no iba dirigida a la política del gobernante. Iba endilgada a la persona de éste de manera virulenta y mordaz.

Semejante estado de cosas explica, desde un punto de vista humano, que quien gobernaba correspondiera con igual moneda.

Ante el dilema de realizar una etapa de transformaciones concretas o de condescender frente a sus adversarios, Porras optó por lo primero, acaso en detrimento excesivo de estos últimos.

Pero no fue un resentido ni un hombre de rencores. Sus violencias eran pasajeras. Sabía olvidar políticamente y ante los intereses de la Patria, de su partido o de sus obras, estuvo siempre dispuesto a la conciliación edificante.

Por eso cada vez que en nuestro país se inicie una era de profundas y saludables transformaciones, la figura pródica del gran civilizador cobra fuerza ejemplarizante: Porque fuente de inspiración son sus magníficos aciertos e incluso sus errores, que siempre supo aceptar. De ahí que alguna vez exclamase que no fincaba su mérito en no haber caído nunca, sino en haberse levantado cada vez que había caído.

Retengamos estas sabias palabras y que ellas sirvan de estímulo a los hombres de bien que luchan por la realización de una grande y noble idea.

ALTURA Y DESVENTURA DE BELISARIO PORRAS

Diógenes de la Rosa

Está ya derogada por inepta aquella suerte de contaduría psicológica que presumía resolver el problema de las figuras históricas mediante el balance de sus calidades y sus deficiencias. Después de registrar unas y otras en columnas paralelas dejaba apenas segmentos incongruentes de sentimientos e intereses con los cuales no se podía reorganizar jamás la curva apasionada de una vida que había suscitado odios y admiraciones. Ahora comenzamos a comprender que los personajes sobresalientes no lo son solo por sus excelencias y a pesar de sus defectos, sino íntegramente: con unas y otros. En los hombres singulares –y en los otros también– operan vicio y virtud en constante reciprocidad para darnos el ejemplar humano que veneramos o excecramos. De igual modo que en lo hondo de toda herejía hay una fe, toda grandeza humana se compone un poco de pequeñeces engrandecidas. Lo que significa que la apreciación de las personalidades emergentes no llega a ser cabal mientras nos empeñamos en ver “el mundo a través del hombre” como desafortunadamente lo intentó Barbusse una vez en lugar de enfocar el hombre a través de su mundo.

Belisario Porras fue un grande hombre de un pequeño país. ¿Hasta dónde lo circunscrito de su ámbito conspiró contra la plena expansión de su superioridad? He ahí un problema que no podrá esquivar ningún biógrafo que se enfrente resueltamente a esta vida siempre pintoresca y en ocasiones patética.

Parece ser que él siempre –o con frecuencia– se sintió cohibido dentro de este recodo terrenal y que en los íntimos repliegues de su ánimo hubo la aspiración de roles mayores en más vastos espacios. Quizás deba buscarse allí la explicación de su reacción prima frente al hecho del 3 de noviembre. La secesión le dejaba a su actividad política un área restringida, muchas veces menor que aquella en donde había estrenado sus habilidades de revolucionario de levita. Pero quizás esté allí también el origen de sus más amplios empeños gubernativos. Porque es indudable que, en el orden de las realizaciones materiales, Belisario Porras

no concibió ni intentó en términos provincianos. No fue el primero de nuestros gobernantes y estadistas que pensó grandes planes, pero sí el de los mayores atrevimientos. Los motivos íntimos de sus concepciones más cuantiosas pueden quizás encontrarse en la zona del “orgullo histórico”. Quería tal vez “hacer historia”. Pero no hay duda de que avanzó hacia el porvenir con mayor soltura que cualquiera de sus antecesores y sucesores. El recuento de sus obras materiales es conocimiento familiar a todos los panameños de hoy. Sus tres presidencias quedarán inscritas en la historia nacional con caracteres de hierro y cemento.

Su actuación política, en cambio, no merecerá tan rotunda y definitiva rubricación. El caudillo, el organizador de partido, el maestro de combinaciones políticas, el muñidor electoral presenta una figura, muchos de cuyos perfiles son simplemente efectos de un juego de sombras. Belisario Porras fue un activista, un extrovertido, un realizador. Sus mayores triunfos se encuentran en la línea de la acción exterior. Como ideólogo, como definidor de credos, como literato, como pensador no logró jamás alcanzar la promoción de los creadores o renovadores. Confesante del liberalismo, vivió siempre, sin acrecentarla, de la herencia ideológica que acumularon las figuras próceras del liberalismo colombiano entre 1848-53. Pero como político de barricada y tribuna, de imprenta y gobierno, logró niveles que no han sido sobrepasados en lo que llevamos de república ni lo serán, posiblemente en todo el futuro previsible. Puede decirse sin riesgo que el secreto de su buen éxito está en que su vocación coincidió plenamente con su actuación. En el instante en que el liberalismo colgaba temporalmente las armas de la dialéctica para hablar el lenguaje de las balas –que, como solía recordarlo Uribe Uribe son voz y voto de los pueblos que no tienen acceso a las urnas– Belisario Porras se graduó de general para traer la guerra a las llanuras y montañas del Istmo. Su figura de caudillo civil cuajó al resplandor de las fogatas insurgentes. Como a todos los altos personajes gestores del 3 de Noviembre, la república le encontró hecho. Junto al de Mendoza, formando conjunta y complementariamente al de Porras, aunque no por idéntica manera, el proselitismo porrista es en las jornadas primeras de la

república una de las condiciones y de los modos de acción del democratismo panameño. No se olvide que el Belisario Porras de las décadas iniciales del siglo representa y tipifica, en cierto grado, la protesta y la acción campesina, plebeya, arrabalera, “santanera” contra el régimen pseudo-aristocrático y empingorotado que se imponía desde Panamá. Quizá el aprendizaje republicano, como lo apunta el Dr. J. D. Moscote en una observación perspicaz que necesita elaboración y ensanche, no podía hacerse de otro modo ni por camino distinto que el caudillaje civil de los Porras y Mendoza.

La popularidad de Porras fue, pues, la respuesta colectiva de un país en primariedad económica, de una masa poco evolucionada a la apelación de una personalidad fuertemente caracterizada. Pero si el personaje despierta o provoca el proselitismo –aunque no lo engendre en sus capas profundas– el proselitismo concluye por producir el personalismo cuando el cemento social de un partido no es la doctrina sino la persona del caudillo o cuando la ideología se rinde insuficiente ante realidades no previstas. En torno a Porras, el liberalismo descendió a porrismo y el partido se sumió en “el Doctor”. Factor de ello fue la acción del tiempo que se llevó, uno tras otro, a todos los que le eran sus iguales y, salvo dos o tres excepciones, le dejó rodeado de figuras menores, de políticos de nueva hornada que, constitutivamente incapaces de forjarse a sí mismos por el estudio, la lucha y el sufrimiento, no conocían otra escala ascensional que la de una adulación sin fronteras ni proporciones. Más también ha de anotarse en el fenómeno la influencia de las transformaciones económico-sociales que produjo el Canal con la supeditación de nuestra economía rural primitiva asténica pero raizal, a una riqueza absorbente y forastera. El panameño sin profesión, desasido de ocupaciones productivas, se convirtió en burócrata y el burócrata en palaciego, en válido, en turibulario. El “porrismo” de la última presidencia del Dr. Porras fue una dolorosa comedia menor en cuyo centro el caudillo senescente derramaba las últimas chispas de su ingenio a una corte arrodillada que le endilgaba las más sorprendentes lisonjas. El propio actor no tardó en ser víctima de su propia farándula. El terreno que había señoreado se le deslizaba y deshacía como un tremedal. El “porrismo” deshizo, disolvió, devoró la personalidad otrora tan relevada de Belisario Porras.

La vida, que en sus años formativos no le ahorró penurias, le hizo una última y espantable jugada: le dejó sobrevivir a su tiempo. Los últimos quince años del Dr. Belisario Porras fueron de una melancólica supervivencia. Su figura física parecía un milagro de fortaleza patriarcal. Pero su fuerza mental, su ingenio, su vivacidad, su campesina socarronería que tantos triunfos le valió, alumbraban con intermitencia que anunciaba la opacidad definitiva. Habría sido de un respetuoso reconocimiento haber dejado que su ancianidad se reclinase en el apartado recuerdo de una notable madurez esforzada y batalladora. Pero las especulaciones de maniobreros políticos se empeñaron en hacerle pendón imposible de luchas cada vez más repugnantes para arrancarle a su prestigio girones con que cubrir sus desnudeces manchadas por el descrédito. La muerte lo ha acogido, al fin, tardíamente piadosa. Su entierro fue una sorpresa, porque no es decir, en parte, que las generaciones sobre y dentro de las cuales actuó Porras enérgicamente han menguado por obra del tiempo y que las nuevas son extrañas a la fascinación que este hombre encendió durante muchos lustros. Pero significa también que nuestro pueblo ha llegado al peligroso trance de no creer en nada ni en nadie. De la culpa de ello no puede quedar exonerado el “porrismo” que tanto daño infirió a Belisario Porras y que todavía no deja de sufrir la nación. De Belisario Porras quedará como ejemplo su vocación de político, su ímpetu, su audacia gubernativa, sus iniciativas y realizaciones progresistas. Pero también como signo negativo el “Porrismo”, que fue su propia desventura.

Septiembre, 1942.

EL DOCTOR BELISARIO PORRAS COMO ESCRITOR

Discurso de ingreso en la Academia de la Lengua pronunciado por Don Gil Blas Tejeira, Académico de número

Gil Blas Tejeira

Introito. –En una de sus amenísimas *Cartas de Inglaterra*, el sutil escritor lusitano Eca de Queiroz dice, al referirse a D'Israeli, ya investido con el altísimo cargo de Primer Ministro y ennoblecido por el título de Lord Beaconsfield, que el que quisiera obtener notoriedad como novelista, debiera primero lograr el más alto puesto oficial de su país. Referíase el creador de Fradique Méndez a la mucha boga que tenían a la sazón las novelas de D'Israeli, cuyos méritos literarios ponía en entredicho el portugués.

Cuando esta ilustre corporación nos asignó como tarea, a fin de confirmarnos como miembro de ella, enfocar como escritor al doctor Belisario Porras, cuya silla vacante por su deceso, nos tocaba ocupar, no pudimos menos que evocar la sonriente frase de Queiroz, y pensamos que no es tarea fácil tratar como a escritor a quien ocupó lugar cimero en la historia de nuestro país como político, como estadista y como administrador.

Habría que agregar otra dificultad que sin duda no encontraría el que tratara de enjuiciar la obra literaria de Lord Beaconsfield: el estructurador del Imperio Británico presentó una serie de novelas con una unidad de creación en la que se puede hurgar con prescindencia absoluta de su gestión de político y estadista, sin necesidad de siquiera un asomo a sus discursos y artículos de hombre de estado. Mas la obra literaria del panameño está casi total e íntimamente ligada a su participación en la vida pública de Colombia y Panamá, con irrefrenable tendencia autobiográfica. Aún podría decirse, como adelante trataremos de probar, que para Belisario Porras su pluma fue primordialmente, un instrumento acondicionado siempre a los fines políticos que orientaban a su dueño. Además, es evidente que los más de los escritos de Belisario Porras se encuentran, ya dispersos en publicaciones colombianas y centroamericanas, ya inéditos en

los archivos que sin duda, conservan sus deudos ya en manos de particulares recipientes de su correspondencia, pues bien sabido es que Belisario Porras, por inclinación y por ejercicio político, era muy dado al género epistolar.

También cultivó Belisario Porras la poesía. En el PARNASO PANAMEÑO, formado por Octavio Méndez Pereira, editado en 1916 con más espíritu estimulador que selectivo, aparecen cuatro poesías del doctor Porras: LA ESPERANZA, soneto de corte clásico y preceptista de optimismo; EL DESENGAÑO, cuartetos, también de conclusión óptimo-preceptista; EL NUEVO ROSAL, del mismo molde y espíritu, A PIRRA (Oda imitada de la de Horacio *Quis multa gracilis*). En la breve nota biográfica que precede a la inclusión de estas poesías, el doctor Méndez Pereira hace referencia a otras composiciones poéticas del doctor Porras con las que nunca hemos topado: *Epitalamio, A Silva, Recuerdo y la Fuente Agotada*.

Sólo dos obras impresas de Belisario Porras han llegado a nuestras manos: *Trozos de vida y Memorias de la Campaña del Istmo, 1900*, cuya anunciada segunda parte, hasta donde es de nuestro conocimiento, jamás apareció. He encontrado alusiones a una tercera que no conozco. En cuanto a su *Tratado de Derecho Administrativo*, por ser asunto ajeno a nuestras preocupaciones, permanece lejos de nuestro trato.

Nada ha caído en nuestras manos que nos pudiera servir de ayuda para entrar en el Belisario Porras escritor. Los trabajos biográficos que hemos leído sobre él, de poco o de nada nos han servido para penetrar en cualquiera de los aspectos de la personalidad del gran istmeño. En verdad, a Belisario Porras hay que estudiarlo en lo que él escribió más que en lo que se ha escrito sobre él. Y sin embargo, estamos convencidos de que Porras es más motivo de literatura que creador de ella. Casi todo lo que él ha escrito está en la primera persona del singular. Hombre de acción, no pocas veces sacrifica la elegancia en el decir a la prisa de transmitir sus mensajes.

Antes de entrar en el análisis de su obra debemos advertir que nos resulta difícil separar al literato del político y de ahí que en nuestro breve ensayo nos cueste trabajo no incidir en el campo de sus actividades de hombre público.

Ambiente de infancia.—Belisario Porras nace en el pueblo de Las Tablas, en 1857, hijo de un jurisconsulto cartagenero que más tarde habría de adquirir mucho renombre. Sabía Belisario que el ser hijo del doctor Demetrio Porras lo hacía diferente de los demás, algo así como un *patito feo* que cuando creciera habría de transformarse en cisne. Se levantó al amparo de su abuela materna pues sus padres no constituyeron hogar. Fue, pues, un niño mimado, que bien sabido es que no son los abuelos para levantar nietos en rigor. A través de su larga e intensa vida puede observarse la influencia que ejerció en Belisario Porras el mismo de que fue objeto por parte de las personas a cuya sombra creció.

Acaso un psicoanalista moderno haría encajar en la temprana confesión liberal de Belisario una disidencia subconsciente de su padre conservador, a cuyo amparo no creció. Ya estudiante en Bogotá, el joven Porras tuvo oportunidad de tratar a su padre, mas ya él había escogido parcialidad en la pugna de los dos grandes partidos históricos.

En sus *Trozos de Vida* Porras deja bien descrito el ambiente en que creció. Desde el punto de su preparación literaria, que es la que aquí interesa, puede decirse que fueron muy pocos los estímulos que en él operaron. Las Tablas de hace más de un siglo era apenas algo más que una aldea de gente dedicada a los afanes del agro. El mismo nos refiere cómo su abuela al ser preguntada por, Gil Colunje sobre los libros que nutrían espiritualmente a Belisario, manifestó que se reducían a La Biblia, El Quijote, y Gil Blas de Santillana. El doctor Colunje, quien guardaba una gran estimación por el talento de su adversario político, el doctor Demetrio Porras, hizo reconocimiento de él al decirle al mozalbete: “Eres digno hijo de tu padre y desde ahora te auguro que llegarás a ser algo en este país”.

No hemos de entrar en detalles biográficos en este ensayo, cuya finalidad es presentar a Belisario Porras como hombre de letras. Saltando por incidencias, hemos de seguirlo a Bogotá, donde fue a estudiar en un colegio con el beneficio de una beca, la Bogotá de la segunda mitad del siglo XIX, donde una *elite* intelectual había ganado para la villa santafereña el nombre de “Atenas de las Américas” que justicieramente le reconoció todo el mundo de habla hispana.

Allí hace Belisario Porras un bachillerato que lo prepara para ingresar en la Universidad Nacional a fin de iniciarse en la carrera del Derecho. El, en *Trozos de Vida*, recuerda con orgullo a sus condiscípulos que más tarde habrían de llenar todos los ámbitos de Colombia con sus talentos: Pedro Carlos Manrique, Rafael Uribe Uribe, Alejandro Cotes, Manuel José Patiño, Roberto Ancízar, Antonio José Restrepo y muchos otros. Sus profesores son grandes hombres en la historia cultural de Colombia. Hará Porras evocación preferente de Santiago Pérez y Januario Salgar.

Es lástima que *Trozos de Vida* sea una obra fragmentaria, escrita en trances esporádicos de evocación que impiden seguir, metódicamente la trayectoria de Belisario Porras en su formación bogotana. Sin embargo, en tal obra se consignan cosas muy interesantes de la vida de Belisario Porras en la altiplanicie. Sus años en Bogotá dejaron una profunda huella en el gran istmeño, que se revela más tarde en sus frecuentes alusiones a los clásicos griegos y latinos que eran preferentemente estudiados allá entonces.

Porras, estudiante, formó con un grupo de compañeros una fuerza militar para defender la legitimidad del gobierno liberal que a la sazón por decisión plebiscitaria, regía los destinos de Colombia. Su padre, aunque acaso orgulloso de las proclividades bélicas de su hijo, usó su influencia, que bien la tenía con los liberales el jurista conservador, para hacer regresar al Istmo al vástago rebelde.

BELISARIO PORRAS EN SU ÚLTIMA CAMPAÑA

Carlos Iván Zuñiga Guardia

En mi hogar el nombre de Belisario Porras era pronunciado con muchísimo respeto. Se hablaba tanto de él que ya en mi infancia era un personaje de leyenda. En 1936, a mis diez años, asistí a los actos de bienvenida que el pueblo de Penonomé tributaba al doctor Porras como candidato del liberalismo a la Presidencia de la República.

El anuncio de su visita a Penonomé causó regocijo en el seno familiar. Venía quien fuera amigo y profesor de mi padre, el que lo nombró Inspector de Instrucción Pública en la sección Norte de Coclé y el que aparecía en un retrato instalado en la mesa del centro de la sala.

Iba, pues, a conocer al gran Caudillo y combatiente de la Guerra Civil de los Mil Días, presente en mi espíritu desde todos los tiempos.

Con entusiasmo desbordado me fui a la entrada del pueblo a verlo llegar. Lo recuerdo sonriente al bajar del auto. Su atuendo era sobrio, con saco, chaleco y corbata y un gran sombrero blanco. Sus anteojos eran pequeños y dorados, los que posteriormente he visto en el rostro del más porrista de sus nietos, el muy apreciado y talentoso Jorge Conte-Porras, su estatura era mediana y calzaba botas altas, como si marchara a un campo de batalla.

Es decir su vestimenta era propia de un hombre que respondía a la estirpe de sus respetables hechos. A los Presidentes y ex-Presidentes constitucionales que llegué a conocer, siempre los ví vestidos de manera muy atildada. En cierta ocasión asistí a una cena en casa del doctor Pedro Moscoso y el Dr. Arnulfo Arias llegó a ella usando una camisa guayabera.

Sus primeras palabras fueron de excusa por haberse presentado con esa clase de vestimenta; al contestársele que su atavío era muy apropiado para una reunión privada, expresó con cierto tono tajante: Es que yo desde el 1941 estoy en la obligación de vestir a un ex-Presidente de la República. Este compromiso moral explica la elegancia petroniana que distinguió

al Doctor Arias. A “contrapelo” de esta tradicional caracterización, en la que Porras era figura excepcional, algunos “Presidentes” instituyeron la mangajería y la bendita guayabera se convirtió hasta hace pocos años en la indumentaria exigida por el propio protocolo oficial.

Aquella tarde de 1936 resultó apoteósica. Nunca antes, desde luego, había presenciado una manifestación tan numerosa en pos de un hombre. Recordaba, entonces, como parangón, las procesiones religiosas y, en especial, otra, laica, la que visualizó tras cristales más brumosos: cuando trajeron a Penonomé un inmenso cuadro del Libertador con motivo del centenario de su muerte –1930– y fue llevado en vilo por algunas calles del terruño para luego colocarlo en el Salón de Sesiones del Consejo Municipal, donde aún reposa.

Los *vivas* a Porras eran interminables. Yo sufrí el contagio y también lanzaba los míos forzosamente atiplados. Sentí una extraña sensación de alegría, no experimentada nunca antes. Como que salí de mi habitual condición de solitario y escalé a una atmósfera desconocida. Sentí la euforia instintiva e ingobernable de las masas. ¡Y era otro! En esa manifestación de adultos no se justificaba para nada mi presencia, seguramente a juicio de quienes me veían.

Pero quién sabe cuántas veces mis familiares platicaban sobre el Dr. Porras, de las convenciones del liberalismo a las que mi padre asistió como convencional, de la relación epistolar que hubo entre ellos, y todo fue determinando mi decisión de conocerlo y de asistir a la manifestación.

En otras palabras, para aquella ocasión ya sabía quien era Porras, sabía que había sido revolucionario, que estuvo exilado, que un pariente de mi abuelo Antonio Guardia Escobar, don Fernando, como Magistrado de la Corte Suprema había anulado su elección como Diputado por la Provincia de Los Santos fundado en que Porras no había aceptado la independencia de Colombia, y gracias a estos precoces conocimientos primordiales fui, con el avance de los años descubriendo y entendiendo de la República *otras facetas de su personalidad que lo consagran en la Historia como el primer alfarero de las instituciones fundamentales de la República.*

Yo marchaba muy cerca del Caudillo liberal y no me cansaba de mirarlo. Lo veía como un personaje salido de otro mundo. Sin duda, en esa tarde el gran dirigente actualizó en su memoria la campaña presidencial del doce, del veinte, de sus incursiones en los campos bélicos al frente de sus huestes, porque en esos momentos triunfales la mente navega con la velocidad del rayo y vuelve a vivir los episodios grandes de la existencia, resumiéndolos y recordándolos con orgullo y amor.

Así lo veía inspirado, a lo largo de la romería, con su estampa de conductor de multitudes, erguido como si estuviera pasando una revista marcial; y con los brazos extendidos en elegante accionar prodigaba con cadencia espontánea sus mejores saludos.

Aquella manifestación terminó en la residencia de don César Fernández, un viejo tronco liberal. Allí sobre una silla habló el Dr. Porras. Yo, oculto tras las cortinas de una esquina de la casa señorial de los Fernández-Vega, escuché con singular arrobamiento el discurso vehemente y fluido del candidato en campaña. Recuerdo su extraño acento. No era el común de los interioranos, porque estaba matizado con los dejos andinos y con los diapasones que luego supe propios del discurso bogotano. Su figura se proyectaba gallarda y altiva y su rostro se encendía en definitivo tono carmesí.

Lo he dicho y lo repito una vez más... Yo soy la salud, exclamaba el doctor Porras...

Solo recordaba intrigado la afirmación de que él era la salud. Me impactó esa figura, durante algunos años de mi primera edad padecí la confusión de estimar que Porras era sinónimo de medicina, de médico, de bicarbonato, de botica. Y cuando por estar enfermo tomaba una cafiaspirina, o una quinina para mi malaria o cuando alguien sufría un malestar, pensaba irremediablemente en el Dr. Porras, porque él era la salud.

Algunos años después, el gran humorista chiricano, Abel Candanedo, al contarle estos episodios que vengo relatando, enmendó la lectura de mis recuerdos al comentarme sus vivencias porristas:

—Yo también conocí al doctor Porras en 1914, me dijo don Abel. Yo tenía 16 años. El venía del Puerto de Pedregal, llegaba en

el primer automóvil que entró a David. Le pregunté a mi padre que qué era ese aparato que caminaba y me dijo certeramente: ¡Es un vapor de tierra!

Ese día escuché al Dr. Porras en una arenga elocuentísima y dijo lo que tú escuchaste, pero recuerdo la frase completa...

Yo soy la verdad y la salud, mis promesas no son vanas, podéis creer en mí, concluyó mi difunto suegro mío.

Fue un orador muy especial al que escuché aquel lejano día de 1936. Y digo especial porque me puso en escena el mundo de la oratoria. Sabía que había cantantes y recitadores, pero el género del discurso enardecido, metafórico o florido llegaba ahora a mi percepción. Advertí que había un tono pausado para la conversación y otro sonoro para las multitudes.

Diez años después, en 1946, hablé por primera vez en un mitin del Frente Patriótico en Santa Ana y al enfrentar a la multitud, mentalmente me trasladé a la residencia de don César Fernández y sentí la presencia del viejo caudillo alentándome en la tribuna de la plaza de la democracia. En ese momento era todo nervios y sentí que mi rostro pasaba de la chispa a la hoguera, la más bermeja imaginable. ¡Simples sensaciones que ahora evoco con cierta nostalgia!

Desde luego las palabras del candidato me resultaron muy extrañas porque no eran propias para mi limitado vocabulario o para mis entendederas tan bisoñas, pero había algo en ellas que encendían mi entusiasmo. Eran la elegancia de la forma, la elocuencia de la prédica política o el encantamiento de la palabra y todo ello encontraba en Porras su intérprete, especie de superior prestidigitador de los pueblos, papel que solo puede desempeñar una cabeza culta y organizada.

Terminado el acto la masa humana lo siguió hasta el lugar de su hospedaje, una vieja morada conocida como *La Casa de los Tigres*. Allí llegué con los manifestantes y entré en la recámara donde el Dr. Porras se aprestaba a quitarse unas botas con cordones largos. Me acerqué a él y al verme un tanto intrigado, por la presencia de un niño en su aposento, le dije como a la defensiva, con mi única tarjeta de presentación y con el propósito firme de conjurar cualquier regaño...

Doctor, yo soy hijo de Federico Zuñiga.

¡Hijo mío! expresó el Dr. Porras con visible satisfacción. Se acercó y me dio un fuerte abrazo. Luego de los cumplimientos afectuosos, los míos balbuceantes, se sentó en un catre de campaña y me dijo...

Vamos a ver, señalando sus zapatos, quien desabrocha primero mis botas; tú quítame ésta y yo me quito la otra. Inicé con prontitud el trabajo encomendado y cuando iba por la mitad, ya él había terminado, me volvió a ver y me regaló una sonrisa realmente bondadosa que nunca he olvidado.

Al terminar el encuentro me retiré corriendo muy rápido, orgulloso, regresé feliz a mi casa y allí conté cuanto había acontecido en la manifestación y sobre todo en la Casa de los Tigres.

Mi madre sintió regocijo por mi osadía y así calificó mi comportamiento; pero el recuerdo que tengo del viejo liberal recogido en el caracol de mi infancia, es el que emana de aquella tarde: la de un hombre mayor, encanecido, de ojos inquisidores, de verbo elocuente, de faz rosada, arrugada por los años y por su impar lucha de epopeya, de bigotes imponentes repetidos y aumentados, con natural orgullo, en el rostro de su biznieto Juan Ramón Porras. Y también lo recuerdo muy satisfecho al sentirse cerca del hijo de quien fuera su alumno y amigo personal y político.

La providencia me otorgó la grata oportunidad de conocer al Dr. Belisario Porras ya en el ocaso de su extraordinaria existencia. A pesar de la actual amnesia colectiva que conspira contra la Historia de nuestro pueblo, la vida y obra de Porras no han permitido ni permitirán la consagración del olvido.

Boquete, 5 de julio de 1996

II ESCRITOS VARIOS

EL OREJANO

(1881) Un ensayo sociológico

En el “Papel Periódico Ilustrado”; de Bogotá, número *II*, correspondiente al *10 de marzo de 1882*, publicó el Dr. Belisario Porras, su bello trabajo, “El Orejano”, escrito en la ciudad de Bogotá el *15 de diciembre de 1881*. Aquí en Panamá sólo se ha reproducido la primera parte en el Lector Istmeño, edición de 1908 y en la “Antología Panameña”, en 1926.

Con el fin de conservar esa joya de nuestra literatura nacional engalanamos esta página con el texto íntegro de ese estudio folclórico para deleite de nuestros lectores.

Juan Antonio Susto

* * *

Podrá creerse que la palabra con que encabezamos estas líneas que vamos a ocuparnos en torno a animales que no tienen la marca de su dueño; pero debemos advertir que no es ese nuestro propósito. La palabra Orejano; en el sentido en que la tomamos aquí, es una palabra compuesta de oreja y asno con que pudiera designarse figuradamente a los individuos de meollo endurecido. En este concepto, el calificativo orejano, podría representar un tipo, como deben representarlo todas las palabras empleadas para designar cualidades comunes en ciertas individualidades, que parece las recibieran de un molde único; pero debemos apresurarnos a manifestar que tampoco nos hemos propuesto a cometer tan improba tarea; ni es todavía la Heterografía una ciencia bastante adelantada para que nos permitamos entrar en las elevadas y abstractas agrupaciones de semejanzas. Sépase

que queremos únicamente dar a conocer un personaje que ha recibido por antonomasia aquel enojoso mote; un tipo notable del Istmo, y presentarle con todo su rústico esplendor, con la ciencia del campo, con sus creencias, con sus fiestas y cantos alegres, con sus ocupaciones habituales.

Nace en el campo o en el pueblo, y desde que abre sus ojos a la luz recibe de los habitantes de la capital, antes que la Iglesia, el primero de los sacramentos y con el nombre de Orejano; en lo que se ve que aquéllos, a diferencia de ésta, desean perpetuar con el bautismo de su opinión y de sus caprichos algún pecado original del primitivo Adán de aquellos lugares; como si la actual generación de orejano fuera responsable de los extravíos y torpezas de un antepasado o pudiera traspasarse a modo de herencia, o legado, un hecho psicológico independiente de la voluntad.

Por los rasgos de su fisonomía se puede juzgar que el orejano no es un tipo vulgar. Su cutis es blanco como el de casi todos los habitantes del Istmo en el interior mediterráneo. Su nariz aguileña; astuta e inteligente su mirada, sus movimientos sueltos y desembarazados. En cuanto al vestido, debemos advertir que no es solo un accidente de su persona, sino un distintivo especial. Véalo allí el lector con la gruesa zamarra de coleta, heredada al campesino español, que la corrupción del lenguaje ha convertido en Chamarra, y que desabotonada siempre, deja al descubierto su pecho abultado; el calzón Chingo, terminado en la rodilla nos permite admirar sus nervudas y curtidas pantorrillas, en donde la espina intenta inútilmente desgarrar las carnes; las cutarras de cuero, especie de sandalias, aprisionan sus pies y le defienden de las asperezas del suelo; el sombrero de paja amarilla, sostenido con barboquejo, deja jugar con las orejas un par de bucles rizados, en el peinado que llaman Guilleizas; y en fin el inseparable cuchillo, señido a la cintura asoma por debajo de la zamarra que cuelga hasta el muslo, las borlas de la vaina de cuero.

Con ese vestido es imposible que pueda ser confundido, el orejano; pues aunque el hábito no hace al monje, en cierto modo, sin embargo, que las exterioridades humanas son como reflejos del alma. Mas, hablando en rigor, este ropaje característico no es sino el vestido de trabajo en nuestro hombre; pues en los días de

festividad suele agregar algodón de boyeta azul que usa encima de la zamarra, y que es para él lo que el poncho para al araucano, el zarape para los habitantes de Méjico y la ruana para los habitantes de la sabana. Si ocurre a uno de los bailes de ceremonias; lleva pantalón largo y camisa de finísima bretaña; y si se aleja de la casa o del corregimiento siempre se apercibe de su Punta, que es el arma de sus riñas y de la cual hace un uso atroz con el adversario. Con ella corta y raja por el gusto de cortar y por ensayo, porque no consiente en manera alguna en que se diga de otro que es valiente, sin que dé a él la prueba de su valor.

Véaseles en las fiestas más próximas provocando al que considera un rival; con la punta desenvainada y el sombrero a la pedrada se le acerca y le arrastra por delante el poncho o manta, que es guante de desafío; circunstancia que basta y sobra para que sea aceptado el duelo. Cada uno se envuelve la manta en la mano y brazo izquierdo para que le sirva de escudo, y la liza se empeña en el acto entre una numerosa concurrencia de espectadores. Terminado este ensayo o prueba peligrosa con algunas heridas, el agredido reinicia en el gremio de los bravos de la comarca. Sin embargo, no crea que por eso el orejano tiene malos instintos: en las peleas nunca lleva su encono hasta matar a un antagonista, casi siempre se contenta, con dejarle una señal, y si acontece una desgracia, debe atribuirse a ocasional embriaguez; a lo que se agrega que el orejano es hospitalario y generoso y que profesa profundo respeto a la sociedad.

II

Al establecer residencia fija, el orejano ha debido principiar, como todos los pueblos por habitar las campiñas. Las casas de sus campos separadas unas de otras por huertecillos y grandes extensiones de terreno, han determinado en nosotros esta creencia. Probablemente del estado nómada ha pasado al de ciudad a modo de campamento, al estilo de las primeras ciudades del mundo, según lo vemos al estudiar las costumbres de los germanos, que establecían residencia fija a orillas de una fuente, cerca de un bosque o en las faldas de una colina.

Nada hay tan bello como los campos donde habita esa sencilla gente; grandes llanadas, interrumpidas sólo por preciosas colinas y pequeños matorrales semejantes a oasis en el desierto, de trecho en trecho las graciosas y encantadoras casitas del orejano, rodeadas de huertecillos y sobre una propiedad territorial común. Los árboles parecen en algunos espacios el dominio del llano; y las corrientes que se desprenden de la sierra y llevan sus caudales al mar, pasan tranquilas por las sabanas silenciosas.

El segundo modo de asociarse el orejano es el de agruparse en aldeas, a lo cual ha contribuido un poco la religión. En efecto, en todas partes ha comenzado el mundo por el culto y los sepulcros, y la religión se ha ligado a la historia de los tiempos pasados para explicar estos con los misterios de aquéllos. La idea de una Divinidad titular ha contribuido así, con las necesidades de la asociación, a unir a los pobladores del caserío con estrechísimos lazos; y el por qué ha ido adquiriendo carácter popular la religión, el caserío se ha ido convirtiendo en aldea, y el orejano ha unido entonces a sus labores agrícolas y pastoriles, y a la caza y a la pesca, el comercio con la ciudad y la explotación de las salinas. Sin embargo, es de observarse que si en ese sentido ha ejercido influencia la religión, no ha sucedido lo mismo con respecto a la más noble de las instituciones humanas, la institución del matrimonio; porque en general no es considerada como institución eclesiástica ni civil. El hogar se constituye, en el mayor número de casos, sin los ritos de la iglesia y sin las fórmulas de la ley.

La historia del amor entre ellos es, en el fondo, la historia de todos los amores. En los días de festividad, que son las ocasiones oportunas y felices, el mancebo puede ver a su sabor a la orejana y admirar su destreza en el baile y sus bellas formas y movimientos; de igual manera que ella puede admirar también la agilidad y vigor varonil, la robustez y resistencia, la agudeza y la inspiración poética de sus amorosos Hércules. La mirada se cruzan y Cupido se encarga de herir sus sencillos corazones.

Desde entonces todo es suspirar y soñar, y ya el pueblo, ya la nueva festividad, son los lugares de cita donde se renuevan los motivos de la pasión y las protestas del cariño. Es para la amada el lirio blanco que crece en la barranca de la corriente; para ella son los cantos inspirados; para ella las sentidas entonaciones del

chinchorro. La fuente a donde va descalza a henchir el rojo cántaro, es más tarde el lugar de la cita diaria. Allí ocurre y espera a la virgen de sus rústicos amores; y allí concurre ella y confía al mancebo sus sueños y sus esperanzas.

El amor se enardece y vigoriza cada día más entre esa múltiple naturaleza, variada en impresiones, con sus mil rumores misteriosos. Sin embargo, la honestidad de los jóvenes y el respeto a los mayores es una barrera inexpugnable; y sólo después de obtener de ella el deseado consentimiento, el mancebo orejano, gozando de las dulzuras del misterio, roba en las ancas de su brioso alazán, a su dama, a quien saca del hogar de sus padres al favor de la noche y del silencio.

Con ella parte veloz a la nueva morada que ha rodeado de naranjos y ciruelos; y desde entonces quedan establecidos con este original ayuntamiento los elementos de un nuevo hogar.

Se ve pues, que el orejano no tiene ceremonias nupciales, al contrario de otros pueblos que han considerado este acto como uno de los más importantes de la vida, mientras más desarrollada es la civilización, por lo cual lo han mirado con religiosidad y respeto.

III

El orejano tiene cualidades asombrosas para el progreso, no obstante que en repetidas ocasiones el estímulo y los motivos que le agujonean en sus labores habituales han recibido rudos golpes de los mismos que se han dicho garantizadores de la propiedad. Las enormes y numerosas contribuciones que pesan sobre él, han entibiado el ardor por el trabajo; y los empréstitos forzosos han contribuido a que los pequeños ahorros, acumulados en tesoros que ocultan en la tierra, sean capitales improductivos, semejantes a los del turco en la vida que lleva de continua inseguridad.

Con una propiedad territorial común, como para el orejano las tierras indultadas, la agricultura ha marchado por esta otra circunstancia con muy lentos pasos. “Un campo es propiedad de quien lo desmontó, limpió y trabajó, así como un antílope pertenece al primer cazador que lo hirió”. Estas palabras de un código célebre son aplicables al proceder agrícola del orejano, quien solo

necesita labrar una cruz sobre la corteza de cada árbol de un circuito dado, para marcar como un signo de propiedad de tan original manera toda la extensión del terreno que las cruces abarcan, herencia que ha recibido el orejano de nuestros padres, los conquistadores españoles. Pero es de advertir que la propiedad dura hasta que se colecta la cosecha, y entonces se devuelve a la naturaleza, un rastrojo, lo que se obtuvo de ella en lujosa y feraz vegetación; porque aperezado el orejano, busca para la siembra el terreno virgen y tupido de árboles, para evitarse la molestia de emplear el arado y otros sistemas usados en la agricultura con los terrenos trabajados: por lo que se ve que el Istmo es la única tierra en donde el buey no ara. Sin embargo, es digna de mención la manera de trabajar en juntas en el desmonte y la siembra, en la cosecha y en la construcción de casas; porque este procedimiento procurando diversión para los trabajadores, es eminentemente económico y de pronto y muy eficaces resultados.

Cuando el orejano juzga que está próximo el invierno, hace la invitación para la junta del desmonte, lo cual tiene lugar poco más o menos a principios de mayo. Esta invitación verbal se hace el domingo, cuando concurren al pueblo todos los orejanos de los corregimientos vecinos a cumplir con el mandamiento primero de la Santa Iglesia Católica, y a hacer compras de zarazas y de coleta, de aguardiente y de otros artículos; invitación en feria, porque estas pobres gentes ignoran el arte de la escultura y ninguna ocasión se presenta más afortunada que la de ese día en que se ven y se saludan los compadres de distintos campos, se piden noticias de las novillas cimarronas y se traza en la arena de la calle el hierro que les sirve de señal.

Cuando se encuentra ya cercano el día de la junta, los mocetones afilan sus machetes y cuchillos, y las bellas orejanas riegan con más esmero y cuidado los botones de claveles que aparecen en los floreros de las talanqueras, y sueñan dulcemente con las mejoranas y con el punto que han de bailar en las vísperas, las que son desde entonces materia de las conversaciones familiares.

El entusiasmo corre de campo en campo; y en la tarde del día esperado se ve por todos los caminos el orejano en traje de baile.

Con los últimos crepúsculos del día llega a la enramada que es ya un lugar de verdadera fiesta. Allí se renueva los abrazos del domingo y se besan las comadres y se habla de la roza y de la siembra del tiempo poco lluvioso y de la escasez de pastos. Las ocupaciones se distribuyen según la edad, el porte y la belleza de las damas. La más hermosa bonita campesina es siempre destinada a hacer las bebidas refrescantes de arroz con piña. Esta es la chicha orejana, la más deliciosa y delicada de las bebidas populares. Las viejas se ocupan en asar las tortillas en unas grandes cazuelas; las muchachas muelen el maíz cocido, machacándolo entre las piedras, y con gracia seductora hacen aquellas tortas en las palmas de las manos.

Llega la noche, las luces en faroles, principian a iluminar el vasto espacio de la enramada y los músicos dejan escapar algunos sonidos de sus instrumentos. La danza comienza y es seguida de la mejorana entre el tumulto de parejas. A un vals sigue una polka y otro vals hasta que llega el momento de bailar el punto, bambuco original de aquella tierra en el cual está caracterizado el panameño. Este es el momento de más entusiasmo para el orejano: un ancho círculo de campo bastante a la pareja, que principia con fingida modestia, para dar una vuelta, y luego por hacer figuras con inimitable agilidad; llegado el punto o zapateo, extremo final, el entusiasmo de los danzantes y de los espectadores raya en locura; los pañuelos y las flores caen a los pies de los danzantes y el mancebo, si es pretendiente de la dama, le tira al ruedo puñadas de monedas.

Las orejanas son tipo nobilísimo de belleza y de hermosura; y el conjunto de sus adornos es un mundo de joyas que llevan en la cabeza, en el pecho, en las orejas y en los dedos. Véala allí el lector con los cordones de filigrana y cabrestillos formados con escudos coronados de adornos y pendientes de la cadena, que cuelgan del precioso cuello del palpitante seno. Sus trenzas negras o rubias caen tejidas a la espalda y son aparentemente sostenidas en la cabeza con peinetas de carey, oro y perlas. La camisa con numerosas arandelas, cintas, trencillas y encajes deja descubiertos la mitad del pecho y una parte de los brazos, y forma con las polleras de linón floreado y transparente un vestido raro pero lleno de gracia y atractivo. Las joyas se multiplican hasta la cintura, en donde aparecen en cada cuadril, cuatro botones de oro

que parecieran clavados y como sosteniendo las polleras. Con flores blancas y rojas forman ramilletes vistosísimos que colocan entre las trenzas, y las muchas peinetas del tocado. Con estos adornos, que hacen resaltar su natural belleza, la orejana es preciosa. Bien haya, pues, que el orejano arroje monedas a los pies de ella por conquistar una chispeante mirada o una sonrisa picante.

Con la noche que acaba, concluyen también las vísperas, y apenas asoma el lucero de la mañana, vuelven a encenderse los fogones, las piedras de moler vuelven a crugir y el orejano cambia su vestido de baile por la zamarra de coleta y el calzón chingo; toma el machete y pronto ve uno convertido al dandy de la noche en un robusto labriego.

La mata que se ha de tumbar está cercana, a cuatro pasos de la enramada; y cuando apenas alborece el día, ya los mazizos troncos de la selva ceden al empuje del hacha y del machete. Entonces se verifica un torneo, el torneo de la fuerza y de la resistencia; dos mozos se desafían con una mirada, y colocando el uno al lado del otro van abriendo surcos y trochas en el tupido monte, animándose con voces dadas al compás de los golpes del machete.

En estos casos el vencedor se llena de gloria, y la fama de sus triunfos suele volar de boca en boca y hasta de campo en campo. Pronto queda la roza descuajada de árboles que ruedan por el suelo, esperando el tiempo de la quema y la junta finaliza sus tareas con una abundante comida de sancocho, mondongo y chanfaina.

No es este sistema de trabajo, por medio de la asociación, más fecundo y barato que el de peones? No se revela en las juntas un sentimiento de concordia y de fraternidad? A la diversión sigue el estímulo para el trabajo y los combates: y un hombre pobre, un labriego infeliz ve en pocos, poquísimos días, tumbado el monte, cercada la roza, sembrado el maíz, surgido de la nada su modesto albergue. ¿Con cuántos peones y salarios hubiera conseguido lo que ha visto realizar en menos de una semana con los esfuerzos combinados de todos los campesinos de los alrededores? Los gastos de la junta se reducen a muy poca cosa: uno o dos novillos,

algunas cuartillas de arroz y otras de maíz, algunos cántaros de miel. Bendita sea la asociación hasta en la forma más rudimentaria.

Ella realiza los prodigios del arte, y armoniza en la separación de las ocupaciones hasta las más complicadas labores.

IV

Cuando ya el grano se encuentra amontonado en jorón, el invierno ha dejado el turno al ardoroso verano. La pajita de las llanuras principia a marchitarse, el ganado enflaquece, y el hacendado se ve en el caso de llevarlo a la tierra donde el pasto natural abunda y las corrientes de agua no se estancan jamás. Entonces llega el tiempo de las tierras, que es para el ganadero lo que es la época de las cosechas para el agricultor, y una fiesta campestre que se recibe con júbilo en todos los alrededores de la campiña. Recuérdese la descripción que hicimos de los corregimientos en extensas sabanas ininterrumpidas sólo por algunas matas, colinas y arbustos espinosos, con las casas colocadas a diez y veinte cuadras de distancia, y entonces podremos acercarnos al lugar de la Tierra donde se encuentran reunidos todos los mayores y mocetones de los campos y pueblos vecinos, luciendo en famosos potros de carrera, su gallardía y su agilidad.

El ganado se encuentra acorralado; y durante la mañana el hierro en ascuas ha dejado a los animales nuevos la señal de su dueño.

Las flautas, violines y panderetas dejan oír alegres bambucos, cuyos sonidos parece que juguetearán en el ancho espacio de la llanura. Los meros espectadores se hallan encaramados en los árboles del corral o en palcos construidos a la ligera. El aguardiente se consume a grandes tragos y todo es animación en esas fiestas de la abundancia. Dada la señal a uno y a largos intervalos, van saliendo a escape los novillos del corral, en pos de los cuales se lanzan ágiles, un par de robustos mozos que se disputan en la rápida carrera el derecho de colearlos; y ora a pie, ora a caballo, con maestría y vigor, dan en tierra con ellos entre los aplausos de los concurrentes, muchachas les alientan con halagüeñas y provocativas sonrisas y a veces suelen premiar furtivamente al

vencedor con claveles encarnados con blancas azucenas. Y tal así como del baile, del teatro y otras diversiones de la ciudad, sale el germen de muchas aventuras amorosas, en la sierra el amor endilga primorosamente sus flechas a los sencillos corazones de los labriegos orejanos. Oh cuantas muchachas ardientemente impresionadas con el mancebo de fornidos músculos, pecho levantado y vigorosos brazos, que más que otros pudo enclavar en tierra los cuernos de los más forzados novillos, y con el ligero de piernas que en la carrera supo siempre dejar atrás a sus compañeros. Y así en la ciudad, como en el campo cuántas noches de delirio por una cualidad no sobrepujada, y así en la ciudad como en el campo.

Cuántos corazones sorprendidos en la tela que entreteje maravillosamente la imaginación. La fiesta concluye cuando la noche principia a ennegrecer el vasto horizonte de la llanura. Entonces los orejanos se dirigen, entonando alegres coplas y sentidas canciones cuyas notas van a perderse tristemente a muy largas distancias por la llanura, y llevan al alma del caminante un tinte de melancolía en esas horas de recuerdo.

V

El orejano honra las musas como ningún otro pueblo; y la Goya ciencia de sus ministriles, en nada inferior a la de los cantores de la Guavina y del Bunde, endulza su existencia y presta desahogo a sus pasiones rudas. Como ha carecido de tiempos heroicos, no tiene, en verdad, crónicas poéticas ni romances guerreros; pero en cambio ha formado de ciertos hechos y personajes, leyendas interesantes puramente humanas y altamente favorables a la fantasía.

El medio poético en que se halla colocado le hace sentir el espíritu de la poesía en todas partes. Suave le respira en las flores silvestres; suspirando le escucha en las brisas de las playas; quejoso y suplicante le oye en las olas que mueren en los farallones y en las hondas cavernas de las costas.

Su alma vive de emociones tiernas y apacibles ahora, a veces fuerte; porque la naturaleza es todavía para él un arcano de

quimeras, y ve en el mundo la dulce realidad de los seres. Su alma tiene esa enérgica ansiedad y temblores, arrastra al hombre a la morada de las maravillas. Por eso su imaginación es un monstruo insaciable que devora a sus propios hijos, como lo hacía el feroz Saturno.

Sus leyendas caprichosas, tomadas de la naturaleza, satisfacen sólo a medias, a falta de la Filosofía, aquella curiosidad y aquel anhelo. Véseles en las noches claras de verano agruparse con gusto debajo de algún árbol que da sombra a los trapiches, en las barrancas de algún río, para escuchar las relaciones fantásticas de sus ministriles prosadores; o bien acurrucados en el Caramanchel de proa de las naves costeras, recogiendo con avidez todas las palabras de los cuentos marinos...

Pero el espíritu poético no sólo se ha manifestado en la ávida ansiedad y en las leyendas narrativas del orejano. En esta senda florida ha encontrado siempre la imaginación numerosos elementos que fecundar.

Hace manifestado también el espíritu poético en la música y el canto; en aquélla por las dulces cuanto enérgicas evocaciones de una vida de memorias y de una vida de porvenir; en éste por el grito de angustia o de victoria de la pasión, en las modulaciones de la voz forzosamente enlazadas con las impresiones morales. Las vaporosas visiones del pasado necesitan muchas veces de un timbre poderoso que las despierte de su profundo sueño, de algo que vaya a la idea, que hiera profundamente el alma; y ese timbre poderoso de los sentimientos humanos no es otro que la música, el cual aparece con el hombre, en su cuna le arrulla, le acompaña en las dichas y pesares, y hasta la tumba le lleva. Por eso el cantor es entre ellas un ser privilegiado que anda de víspera en víspera de velorio, cantando propios y ajenos amores o satirizando el gobierno; cantando las peripecias y peligros de algún marino o ensalzando el valor de algún valiente.

Donde quiera que hay una fiesta allá está él con su Chinchorro —especie de Bandurria— antioqueña, rodeado siempre en las cantinas de un coro de entusiastas que le escuchan embelesados. El *Socavón*, hermano de la dulce guavina, se va calentando poco a poco, y entonces varios cantores suelen disputarse la victoria en una lucha de canciones y décimas notables muchas veces por la

agudeza de las ideas que contienen; sencillas si relatan las escenas campestres, metafóricas y pomposas cuando son muy rebuscadas las comparaciones. Las coplas suelen ser muy felices y mucho más dulces y tiernas que el To... ecuatoriano.

Cuando el cantor se siente electrizado por el licor y la presencia de las bellas, todos sus versos son improvisaciones a unos ojitos negros, a un lunar que él ha visto en la mejilla, o un clavel que se halla prendido entre las negras trenzas. ¿No será nuestro ministril el mismo trovador del siglo diecisiete, más toco o si se quiere, menos instruido?

En todas partes, donde el hombre no ha dejado perpetuar en su estirpe la esclavitud y la infamia, y ha desarrollado sus instintos y aptitudes, ha sido siempre poeta, y ha buscado en la música un medio de endulzar las tristezas de la vida y de dar rienda suelta al alma para que se espacie por un mundo encantado de geniativas creaciones. Por eso nunca han sido poetas los pueblos embrutecidos en la esclavitud; y por eso desde los primeros tiempos le ha cantado el hombre a la bella libertad. En nuestro país casi todos los pueblos tienen esa ardiente fantasía que los hace poetas. La variedad de entonaciones en sus cantos es sólo el tinte especial de las diversas calidades. Así son tiernas y dulces como el Yaraví VI Chileno, las Guavinas de la Antioquía feliz; monótonas y melancólicas, como el canto noruego, las canciones del indio en la apartada y deliciosa altiplanicie; y agudas y picantes las mejoranas y socavones.

Pero aunque variadas las entonaciones, siempre el tiple aquí, allá la Bandurria y el Chinchorro allí, han expresado, unas veces los tiernos sentimientos del corazón y la vida del hogar, otros la ávida ansiedad del alma.

Vemos, pues, que en todo estampa la naturaleza el sello de sus condiciones aquí en las cosas que produce y en las personas que se desarrollan; allá en las cualidades de esas mismas cosas y personas. La variedad en las propiedades humanas tanto físicas como morales es en parte resultado de aquellas condiciones naturales a las cuales se amoldan estas inaparentemente. Por eso se nota cierta diferencia en las entonaciones de voz en los habitantes de una comarca aunque un mismo idioma; así, los nacidos en las montañas pronuncian las palabras con dejadez y

lentitud; con rapidez son pronunciadas por los habitantes de las llanuras, los valles y las costas; un tanto gangoso, dulce y algo afeminado en las partes altas y elevadas mesetas, es fuerte, argentina y varonil el lenguaje en las costas y en las partes bajas del territorio.

En Bogotá y en todos los pueblos de la altiplanicie las voces son empleadas en diminutivos generalmente, no así en las costas del Pacífico, del Atlántico, en donde son raras estas dulces terminaciones que tanto se usan en las conversaciones familiares, y en donde, además, el sonido fuerte de la “R” predomina sobre todos los demás haciendo muchas veces cambios sustanciales con la “I”.

En aquellas costas el sonido suave y silbado de la “S” desaparece, si es final o pasa de una sílaba a otra. Así dicen peje, por los peces, comites por comiste.

La “h”, ya se halle en principio o en medio de dicción, es reemplazada por la “j” cuyo sonido es fuerte y áspero; y en fin, la supresión de las terminaciones ad, ado, ada, es más común y frecuente que en Bogotá; así como por rapidez en la pronunciación de la “r”, la “l” final se suprimen también en ocasiones, duplicando entonces la vocal en que termina la palabra. Esta es una observación que puede aplicarse, generalizado, a los habitantes de la costa de América. Sin embargo, es el orejano una excepción de la regla, aunque mora en costas, en toda la extensión del terreno comprendido en el Istmo de las montañas al mar pues es más suave y dulce su lenguaje que el del habitante de la ciudad de Panamá y Colón, Chagres y Portobelo. El dice por ejemplo, de una vaca que es jorra o ajorra, y que es de jarina el pan, y que no hay igualdad en el gobierno, y que es bueno comeel cuando se tiene jambre; pero no dice que Manuer es un negrito zozaa. El orejano usa de la “s” ya se halle ésta en final o en principio de dicción y a diferencia del mulato, cambia la “r” en “l” para hacer más suave la pronunciación.

Sorpréndese uno al encontrar en el lenguaje del orejano voces metafóricas de una lógica irrecusable. Así, por ejemplo, la acción del adulterio, la expresa él con el verbo *quemar* y dice: fulanita ha quemado a su marido. La pena que sufre por amores, es *cabanga* palabra que en el Istmo indica un dulce agradabilísimo;

pero indigesto. Innumerables serían los ejemplos que podríamos presentar para ilustrar la materia; pero este corto ensayo no nos lo permite y debemos contentarnos con lo dicho.

Hasta aquí hemos seguido el orejano desde la cuna y nos hemos detenido a veces en el curso de su existencia a mirar con regocijo sus graciosas viviendas y sus labores habituales; sus raros y alegres pasatiempos y las cualidades distinguidas que le adornan en medio de un conjunto agreste.

Detengámonos ahora en el borde de la tumba en donde termina su carrera, que a más de un motivo de entretenimiento y satisfacción de la curiosidad, nos servirá para deducir la índole de aquel pueblo, que se transpira también en estas últimas manifestaciones de la vida.

Nos parece extraño el regocijo a que se entregan los orejanos en las campañas del Istmo cuando muere un niño, a quien consideran un ángel que se remonta con ágiles alas a la mansión de la Inocencia. ¿Por qué llorar y entregarse al dolor cuando el alma se desprende del barro vil que la aprisiona? Así, pues, entre los orejanos el velorio de un niño es una velada dulce y agradable: una mesa donde reposa el muertecito, adornada con flores y luces y ocupa la mitad de la sala y alrededor en pequeñas mesas, los concurrentes juegan barajas y toman café y bebidas refrescantes. Las risas y carcajadas alternan con los chistes y cantos los galanteos amorosos de los jóvenes, con los cuentos de la vida de antaño, de las viejas. El espíritu de la alegría y de la felicidad parece que reemplara los ánimos y los dispusiera a sentir lo agradable de la vida en que la realidad de la muerte sea bastante para inclinarles a las consideraciones dolorosas que la tumba ofrece.

Sin embargo, si esto sucede con un niño a quien se supone la inocencia y la pureza, no acontece lo mismo cuando muere un malvado o un asesino, para quien no hay más sepultura que una fosa en campo raso, lejos del cementerio de los justos. El espanto penetra entonces en todos los corazones; las familias se recogen más temprano, y la noche es una noche de horror e insomnio. La asustada imaginación cree ver el alma del asesino, vagando por el huerto, penetrando en la casa por las rendijas de la puerta, y en vano intenta el orejano cerrar los ojos porque la sombra le persigue y oye su voz y siente el olor azufrado del infierno, y las

campanas que doblan con tristeza, llamando el arrepentimiento, el ánimo descarriado y vagabundo.

Y no se crea que estas impresiones profundas dejan de ser duraderas. Motivos hay que las renuevan y perpetúan, influyendo saludablemente en aquellos corazones, tan dispuestos a recibir el riego de la virtud.

A orillas de algún camino se ha abierto la huesa para recibir los despojos y sobre ella se ha levantado una tosca cruz de palo, y en su base se han amontonado piedras. Ningún orejano pasa por delante de ella sin descubrirse y elevar sus preces a la Providencia, sin llevar en el alma un tinte de melancolía y temor.

Es verdad que no todas estas cruces indican la tumba del malvado; pero generalmente son la enseña de algún acontecimiento trágico: aquí dos enemigos se encontraron y después de una reyerta terrible se vio caer a uno de ellos cubierto de heridas mortales, dos pasos del lugar que fue manchado con la sangre humana, fue enterrado y una cruz se levantó enseguida. Allí viajaba descuidado un campesino y un par de cargas le tendieron al suelo, moribundo; la huesa se abre y una cruz de palo advierte al caminante el horrible suceso.

Hechos son estos que revelan, al par que la piedad del orejano, un secreto terror por el crimen; y siendo, como es, su vida tranquila, la muerte violenta no puede dejar en él duraderas y muy profundas impresiones.

Cuando no es un niño ni un malvado el que muere, sino un hombre útil, entonces se manifiesta el egoísmo de la pena en el llanto, el luto; y dan rienda suelta al humano dolor todos aquellos para quienes es una pérdida la eterna ausencia del difunto. Entonces en el velorio se rezan oraciones y rosarios, y en el entierro no acompaña otra música que el miserere. Si el muerto es un hombre rico, hay pompas en las ceremonias fúnebres, y si es pobre lo conduce al camposanto en una barbacoa con dobles de campana.

No así en la ciudad capital del Estado, donde se conserva para los ricos la costumbre, de los banquetes fúnebres. Allí, en esa ciudad, la casa es toda crespón negro, excepto en el comedor, en donde hay una francachela. Una vez que ha terminado la última parte de la obligación para con los muertos, es decir, una vez que

se ha echado en la huesa el último grano de polvo la concurrencia se vuelve a casa de los herederos del difunto, donde un opíparo banquete no espera más que a los convidados, para hacerles gustar los sabrosos manjares y los exquisitos vinos. Entonces la escena del duelo alterna con la escena del placer. En los aposentos se llora y se suspira y en el comedor se bebe y se ríe y todo es bullicioso festín, porque la gastronomía no admite la seriedad, ni mala cara. Los muslos del pavo, las alas de la gallina y los perniles de la lechona, van desapareciendo en aquel gustar de platos diversos. El champagne humea y los brindis siguen naturalmente por la felicidad del difunto en otra vida. Así alternan y contrastan estas escenas de duelo y de placer, y así se palpa la realidad de la vida en aquella ciudad.